

(Transcripción no revisada por el autor)

FAMILIAS SANTAS, CUNA DE UNA NUEVA SOCIEDAD

Jornada Cam Mayo 2001

*Esta transcripción de la charla del 12 de Mayo de 2001
quiere ser una ayuda para el trabajo en los grupos.*

I. NUESTRO LEMA

El lema “*En el Padre, familias santas*”, nos ha acompañado durante años. Diría que es el *leitmotiv* de la Militancia y de la Rama de Familias en general.

Pero este lema explicita dos cosas: que estas familias santas *quieren construir una nueva sociedad* y que quieren hacerlo *desde el Santuario*.

Cuando decimos que queremos construir una nueva sociedad, surge la pregunta sobre qué significa esto para nosotros como familias; cuál es nuestra relación, como familias, con la sociedad; cuál es la polaridad que existe entre nuestra familia y la sociedad en la cual vivimos.

II. POSICIONES RESPECTO A LA RELACIÓN ENTRE FAMILIA Y SOCIEDAD

Hay diversas formas de enfrentarse a la sociedad.

¿Qué tipo de relación se da entre la familiar y la sociedad en nuestro medio?

Se dan cuatro posibles situaciones:

1. Se ve la sociedad como amenaza

Hay familias que tienden a encerrarse, a formar su propio mundo; de alguna manera es una familia encapsulada, como en una burbuja. Se ve los peligros que existen, la diferencia de los ideales que tiene la familia y el mundo que la rodea: un mundo materialista, un mundo lleno de divisiones, de competencia; de vicios, de drogas, de sexualismo, etc. Frente a esto, la solución es protegerse, crear un mundo propio y vivir “protegidos” en ese mundo propio, desarrollar y educar a los hijos para que, en ese medio

ambiente adverso, no se contaminen, para que ese mundo que los amenaza, no destruya los valores que los padres tratan de transmitir.

2. **La familia se mimetiza con la sociedad**

Otras familias no tienen mayor problema frente a la realidad. Se da una especie de nivelación entre lo que sucede en la sociedad y lo que sucede dentro del hogar. Se establece una cierta igualdad; no hay contradicciones. Se va de la casa a la calle, se llega de la calle a la casa: en una y otra parte reina el mismo estilo. Son familias que se han mimetizado con el ambiente.

3. **Otras familias miran la sociedad con una actitud crítica**

Todo les parece negativo, todo está mal. Esta actitud está bastante de moda en nuestro país: nada resulta, todo es un desastre, todo se critica. Y se sientan a la ribera del río para ver cómo pasa el agua sucia, pero no atinan a hacer algo. Miran la realidad con ojos críticos lavándose las manos, sin proponer ninguna solución.

4. **Por último, hay familias que quieren transformar la realidad**

Es la actitud que quieren tener nuestras familias: familias que se saben responsables de la sociedad. Son familias que ven las cosas que están mal, pero no se ciegan ante las cosas que están bien; abren los ojos objetivamente, más allá de visiones fragmentarias y partidistas, y cotejan esa realidad con los ideales del evangelio y de la doctrina social de la Iglesia.

Perciben lo positivo: el avance de la ciencia y de la técnica, los logros ya obtenidos en el campo de la conquista de una sociedad más humana y más cristiana. Los avances en el campo de la educación, de la salud, del sistema laboral, etc.

Pero también tienen los ojos y el corazón bien abierto **para percibir las heridas y lacras** de un mundo que progresivamente se ha separado de Dios, que se basa en criterios materialistas y que destruye, como dice el P. Kentenich, todos los vínculos queridos por Dios. **Ven no sólo los vicios de la inmoralidad individual, sino también los vicios de la inmoralidad social y laboral.**

Pero no sólo ven, sino que **se sienten responsables** de la realidad social, del destino del pueblo en el cual viven y donde Dios los ha puesto.

Y, al sentirse responsables, **están dispuestos a jugarse** por fomentar todo aquello que muestra un brote humanista, evangélico, y, además, a luchar con fuerza por superar el pecado y las situaciones de pecado, que detenta nuestra sociedad en múltiples formas.

En otras palabras: **sienten que este mundo necesita redención y que necesita un redentor**. Perciben en la realidad social el pecado y la acción del demonio y **quieren comprometerse, con Cristo**, por el advenimiento del reino de Dios al mundo, a esta tierra.

Pero no al mundo en general, sino *a mi mundo, a nuestro mundo*.

No somos ni conformistas, ni idealistas, ni pasivistas, nos sentimos responsables de los destinos del mundo, de la cultura, de la cultura naciente. Y vemos nuestra familia, no sólo teórica, sino que prácticamente, como “cuna de un nuevo humanismo”, como germen de una nueva sociedad

Son familias que aspiran a ideales altos y exigentes, pero que, con una actitud creativa, se ponen manos a la obra para que esos ideales muerdan la realidad, para que cristalicen en nuevas formas de vida. Esas son las familias que queremos formar nosotros: *familias que sean cuna de una nueva sociedad*.

¿Cuál es nuestra realidad? Estamos encapsulados, vivimos como en una burbuja; hemos prescindido de la realidad de la sociedad, de lo que pasa a nuestro alrededor? ¿Qué actitud tienen nuestros hijos frente a la sociedad? ¿Se sienten responsables de ella? ¿Quieren cambiarla o están conformes con ella, y no se hacen mayores problemas?

O quizás vemos los problemas pero, como contamos con una cierta posición social y un cierto bienestar económico, simplemente no vemos la urgencia de cambios y seguimos adelante... La economía marcha más o menos, los problemas que hay, ya se solucionarán...

¿Cuál es la actitud de nuestros hijos? El mejor termómetro es observar lo que piensan los hijos, no sólo nosotros. Nuestra responsabilidad se concreta en entregar al mundo agentes

cristianos, constructores de una nueva sociedad marcada con un sello cristiano. Si nuestros hijos no están, de alguna manera, disconformes con lo que sucede, seguirán simplemente la corriente de una sociedad materialista. Quizás podrán tener un tinte religioso, pero nada más que eso.

No queremos encapsularnos, ni mimetizarnos, ni ser simplemente críticos ante la realidad. Queremos que nuestros hijos sean constructores de una nueva sociedad, con nosotros, a partir de nuestro hogar. Queremos que ellos se sientan responsables de lo que sucede.

En jornadas anteriores aludimos a la indiferencia que existe actualmente en la juventud respecto al compromiso político. Este es un signo de que no les importa mucho lo que sucede en nuestro país. Se critica a los políticos que hacen mal las cosas o que no hacen lo que debiesen hacer, etc., pero no nos ensuciamos las manos. Una actitud, en verdad, demasiado cómoda.

Con el P. Kentenich nos sentimos responsables del destino de la sociedad actual. Él habla del destino de Occidente. Dice en la plática del 31 de Mayo de 1949:

Vemos cómo Occidente camina a la ruina y creemos que, desde aquí, estamos llamados, desde aquí, a una obra de salvataje, de construcción, de edificación (...)

Ya en 1929 afirmaba:

A la sombra del Santuario del Santuario se van a codecidir, por siglos, los destinos de la Iglesia y del mundo.

Esta es la posición del P. Kentenich. Y nosotros creemos que esa profecía se va a realizar porque, a la sombra del Santuario, surgirán familias santas y porque esas familias poseerán una fuerte conciencia histórica e influirán decididamente en la historia de la Iglesia y de nuestra patria. A la sombra de nuestro Santuario de Bellavista, nuestras familias codecidirán la historia del tercer milenio.

Ese es el llamado y la vocación que tenemos: desde este Santuario surgirán hombres santos, familias santas. Y sobre sus hombros se cargarán pesadas tareas. “Santas tareas sobre débiles hombros...”:

Santo es este lugar y será cada vez más y más santo, porque desde aquí surgirán, crecerán y trabajarán fecundamente hombres santos. Este es un lugar santo, porque desde aquí se impondrán santas tareas, es decir, tareas que santifican, sobre débiles hombros. (31 de Mayo de 1949)

Esos hombros son los nuestros y los de nuestros hijos. Agregamos, especificando, la nueva sociedad que anhelamos nace *desde nuestros santuarios hogares*. Contar con nuestros santuarios hogares es un regalo inmenso, pero no simplemente como un rinconcito acogedor, de oración, sino como fuente de renovación de la sociedad en la cual vivimos. El P. Kentenich decía: “Schoenstatt, mi mundo, para que mi mundo sea Schoenstatt.”

III. HOMBRES ARRAIGADOS EN DIOS, CONSTRUCTORES DE UNA NUEVA SOCIEDAD

¿Cuáles son las santas tareas que cargan sobre nuestros débiles hombros?

El P. Kentenich lo expresaba así:

Si queremos llegar a ser hombres del más allá, -es decir, personas sobrenaturales, ancladas en Dios- en el sentido del tiempo actual, entonces se trata de no ser sólo apasionados por Dios sino también apasionados por el hombre. Se trata, por lo tanto, no sólo de hacer que los hombres se sientan en casa en el cielo, es decir, en el mundo del más allá, sino también impulsarlos a forjar una nueva creación, un nuevo orden social. A gestar un nuevo orden social que solucione los grandes problemas económicos y políticos que afectan a los desheredados de todos los países, especialmente de Sudamérica.

Esto lo decía el Padre fundador en 1968, pocos meses antes de que el Señor lo llamara a la Casa del Padre. Queremos ser hombres del más allá, religiosos, que buscan amar al Señor, a María, pero no para refugiarnos en el más allá, sino porque, anclados en Dios, tienen la fuerza de construir un nuevo orden social, una nueva cultura, un nuevo orden social marcado con el espíritu del Evangelio.

Uno de los frutos que nosotros, como jefes de la Familia, debiésemos llevar de vuelta a casa -continúa diciendo el P. Kentenich- es precisamente esto: *plegarnos apasionadamente a Schoenstatt bajo la consigna de la construcción de un nuevo orden social*. No se trata de encerrarnos en nuestra pieza a rezar; no pretendemos encarnar el benedictismo en nuestras filas, llevando una vida silenciosa, de interioridad. Con certeza que eso también lo queremos, pero esto sólo, en último término, para ser conquistadores del mundo, para ser un nuevo Colón, para construir un mundo nuevo y ponerlo a los pies de Dios, para participar en la gran

misión de la Santísima Virgen para nuestro tiempo. Algunos dicen: hay que dejar que el mundo siga su camino y después, luego que haya tomado forma, lo bautizamos. ¿Qué significaría esto? Que los cristianos permanecemos en segundo plano. Nunca debemos creer algo así. Nosotros tenemos que transformar el mundo, nosotros mismos tenemos que ayudar a forjar un nuevo orden social.

¿Dónde están los schoenstattianos comprometidos en este sentido, que se destacan como líderes de la transformación y la plasmación de una nueva sociedad?

Queremos que se haga realidad la petición del Padrenuestro: *Venga a nosotros tu Reino*. Lo rezamos varias veces al día. ¿Qué significa esta petición? ¿Que ese Reino venga a mi casa, a mi corazón? Por supuesto que sí, pero queremos que Chile entero sea Reino de Cristo. Un Chile dividido, un Chile donde no todos nos sentimos hermanos, un Chile donde las diferencias sociales “claman al cielo”, donde hay miseria y drogadicción, donde cada día hay más destrucción de la familia, donde reina el relativismo moral, un Chile consumista y materialista, ese Chile tiene que llegar a ser un Reino de Cristo, un reino de la verdad, un reino de la santidad, de la justicia, de la paz. Somos responsables de ello. ¡Cuánto insistió el P. Kentenich que la Iglesia estaba llamada a ser alma del mundo! La Iglesia es el germen del Reino de Dios aquí en la tierra. Y nosotros tenemos que construir ese Reino de Dios aquí en la tierra.

- *La obra redentora no se limita a sanar nuestra relación con Dios; ésa es la base: hombres anclados en el más allá). También quiere sanar nuestra relación con los hombres,*
- no sólo en nuestro pequeño círculo,
- sino en la sociedad en la que vivimos
- no sólo en el orden familiar
- sino en todas las dimensiones de la sociedad
- no sólo en la actitud
- sino también en las costumbres, las leyes, estructuras sociales, políticas, culturales, económicas, laborales...

Cuando el P. Kentenich visitó Dachau, después de su regreso de Milwaukee, con ocasión del aniversario de la fundación del Instituto de las Familias y de los Hermanos de María, dijo lo siguiente:

Pienso que debo confesar abierta y sinceramente: veo la tarea que Dios me ha destinado, en conducir innumerables hombres hacia una entrega total al Dios eterno e infinito; en hacerles que se hallen en su casa en el mundo y en la realidad del más allá. O, si ustedes quieren, en ayudar a todos los hombres, especialmente a los miembros de nuestra Familia, y en apoyarlos, para que lleguen a ser personas marcadamente ancladas en el más allá. Con esto he destacado una tarea especial que me ha dado Dios no sólo a mí, sino a todos aquellos que conmigo actúan como conductores de la Familia. En la revista *Regnum*, (de 1967, n. 2, p. 73), leemos: “Mientras el P. Kentenich, en Dachau, remendaba los sacos de paja, desarrolló para sus dos compañeros un pensamiento que estaba determinado y marcado por dos conceptos: el hombre del más allá y el hombre *ingenuo*. *Dos conceptos centrales que son característicos para la Familia de Schoenstatt en toda situación. Yo quisiera agregar un tercer concepto, -explica el P. Kentenich- que no debe olvidarse, pero que aquí no ha sido mencionado: El hombre del más allá y el hombre filial como portador y creador de un nuevo orden cristiano de la sociedad. Tres expresiones centrales que debemos grabarnos.* (Textos Sociales, p. 123-124)

En la carta del 31 de Mayo de 1949, en la *Epístola perlonga*, cuando se refiere a la necesidad de cambios estructurales en la sociedad, el P. Kentenich también había explicitado que ésa es tarea especial de la Obra de las Familias y de los Institutos Seculares de Schoenstatt.

Hombres profundamente arraigados en Dios, que se sepan instrumentos en sus manos, son los que están capacitados para construir una nueva sociedad.

El sueño que tuvo el marxismo fue el paraíso aquí en la tierra: una sociedad de hermanos, una sociedad libre. Ideales totalmente respetables, de raíz cristiana, que son también nuestros ideales, pero ellos pretendían ese ideal prescindiendo de Dios. Según la doctrina marxista, había que descartar a Dios, porque la religiosidad apartaba a los hombres de la urgencia de transformar la realidad.

Conocemos la frase clásica de Marx: “*La religión es el opio del pueblo*”. Podría suceder también que Schoenstatt se viviera como un opio, como un tranquilizante. Pero ello iría enteramente contra la mentalidad del Padre fundador.

Ese sueño marxista, revestido de otro ropaje, es también el sueño de la cultura actual. ¿Quién cree que es importante ser hombres “del más allá”? ¿Quién cree en lo que nosotros realmente queremos? No creen en nuestros medios; piensan que es ilusión, utopía. Los que deciden –ésa es la convicción- los que tienen el sartén por el mango, son

los que cuentan con el poder económico, con el poder de la propaganda, de la técnica, de la ciencia, etc. “Si quieren creer en Dios, -opinan- crean, total, no pasa nada, da lo mismo que crean o no crean... Son otros los criterios que juegan allí donde las papas queman”. Así se piensa. Nuestra sociedad tiene el mismo bacilo, el mismo germen del colectivismo, en su alma: la separación de fe y vida, de religión, de Evangelio y cultura. Se sueña un progreso maravilloso donde todos estarán bien, donde todos tendrán los medios necesarios, donde los pobres dejarán de ser pobres, donde gozaremos del paraíso consumista, gestado por la técnica y la ciencia, un mundo redimido de los males sociales, pero sin un Redentor, sin necesidad de Cristo, sin Dios.

Pero sabemos que sin Dios esto es una utopía; es un sueño irrealizable tener una sociedad fraterna, en paz, con justicia, con un progreso estable, sin Dios.

Sin Dios, sin Cristo redentor, no hay posibilidad de humanismo alguno. Porque sin Dios:

- No hay norte
- No hay moral
- Reina el relativismo
- Reina la ley de la selva
- Y así se hace presente la corrupción en todas sus formas

De allí que el P. Kentenich, junto con insistir en la necesidad de sanar los vínculos en el orden natural, insista también en necesidad de la conquista y cultivo de los vínculos sobrenaturales, del vínculo al Dios Trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo con María. En otras palabras, lo primero es la forjación del hombre filial, anclado en Dios.

Sin Dios no hay ley, no hay orden de ser, no hay moral. Y esto lo estamos experimentando cada día en forma más contundente. ¿O no vemos la corrupción que se está dando en todos los niveles y esferas sociales? Pensábamos que en Chile la droga nunca estaría tan extendida; pensábamos que eso era para Estados Unidos, para Europa u otros países, pero nunca imaginábamos que llegaría a Chile. Tampoco imaginábamos que la corrupción pudiera darse en el poder judicial, en las empresas, en la policía...

Cuando la Iglesia se debilita, cuando los cristianos no son cristianos auténticos, es inevitable la corrupción. Y seguirá a pesar de todo el avance que tengamos en la técnica y en el desarrollo económico. Sin Dios, el bacilo de la corrupción penetra por todos lados.

IV. LA RESPONSABILIDAD DE LOS LAICOS

En este contexto, nuestra Familia tiene que despertar. Tenemos que despertar para asumir nuestra responsabilidad como laicos, porque, si se trata de renovar la sociedad, están los laicos, ustedes, en primer lugar. No están, en primer lugar, los sacerdotes, los religiosos, los consagrados. Si anda mal la Iglesia, la parroquia, entonces la culpa recae principalmente en los sacerdotes. Pero si están mal la política, la economía, la empresa, el sistema de salud, el sistema laboral, es responsabilidad principal de los laicos.

Necesitamos hombres anclados en Dios, que se pongan manos a la obra, que se comprometan con la instauración del reino de Dios en su mundo, en su familia, en su país.

Los laicos son los llamados a cuidar que el orden temporal (el organismo de vinculaciones naturales) corresponda al querer de Dios. Que ese orden temporal esté traspasado por los valores del Evangelio y de la doctrina social de la Iglesia.

La posición de la Iglesia ha sido muy clara en este sentido. Según el Vaticano II:

A los laicos pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales. Viven en el siglo, es decir, en todas y a cada una de las actividades y profesiones, así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social con las que su existencia está como entretejida.

Allí están llamados por Dios a cumplir su propio cometido, guiándose por el espíritu evangélico, **de modo que, igual que la levadura, contribuyan desde dentro a la santificación del mundo** y de este modo descubran a Cristo a los demás, brillando, ante todo, con el testimonio de su vida, fe, esperanza y caridad.

A ellos, muy en especial, corresponde iluminar y organizar todos los asuntos temporales a los que están estrechamente vinculados, de tal manera que se realicen continuamente según el espíritu de Jesucristo y se desarrollen y sean para la gloria del Creador y del Redentor. (LG IV: 31-32)

Son palabras clarísimas, luminosas, donde no cabe perderse. Esa es la misión del apostolado laical; ése es el apostolado propio de ustedes. Es ahí donde son apóstoles permanentes. Y si trabajamos en Schoenstatt, en la parroquia, es para ayudar a formar a personas que se comprometan con nosotros y como nosotros en esto.

El Papa Pablo VI, en la encíclica *Popolorum Progressio*, afirma lo siguiente:

Los seculares deben asumir como tarea propia la renovación del orden temporal; si la función de la Jerarquía es la de enseñar e interpretar auténticamente los principios morales que hay que seguir en este campo, pertenece a ellos, mediante sus iniciativas y sin esperar pasivamente consignas y directrices, penetrar del espíritu cristiano la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras de su comunidad de vida. (Pablo VI, en. *Popolorum Progressio*, 26-03-1967, n. 8).

Juan Pablo II, refiriéndose a las familias, afirma en el mismo sentido:

La función social de la familia está llamada a manifestarse también en la *forma de intervención política*, es decir, las familias deben ser las primeras en procurar que las leyes y las instituciones del Estado no sólo no ofendan, sino que sostengan y defiendan positivamente los derechos y los deberes de la familia. En este sentido las familias deben crecer en la conciencia de ser protagonistas de la llamada *política familiar*, y asumir la responsabilidad de transformar la sociedad; de otro modo las familias serán las primeras víctimas de aquellos males que se han limitado a observar con indiferencia. La llamada del Concilio Vaticano II a superar la ética individualista vale también para la familia como tal. (Juan Pablo II, Ex. Familiaris Consortio, n. 44, 22-11-1981)

Esto es lo que queremos. Si no somos la levadura y sal la tierra, si no estamos en los lugares donde se deciden las leyes, las costumbres, las estructuras de vida comunitaria, continuaremos teniendo un país como el que tenemos. No basta con que el cardenal y los obispos hagan su labor. Tienen que hacerla y la hacen, pero poco o nada sacan si nosotros, como laicos, no estamos al pie del cañón.

V. NO BASTA CON PROCLAMAR LA VERDAD

Primero, **tomemos que tomar conciencia de que no basta con proclamar la verdad** sobre la sociedad o la moral cristiana, con proclamar la doctrina social de la Iglesia

- No basta con denunciar los males de la sociedad y de la familia.
- No basta con una pastoral doctrinalista (enseñanza de la doctrina social).
- No basta tampoco con la insistencia de la jerarquía en el tema.
- Y si se trata de la familia, como célula básica del orden natural, tampoco podemos centrar nuestras respuestas sólo en los casos límite. No podemos agotarnos en la denuncia (por más necesaria que ésta sea) apagando incendios en relación a:
 - los divorciados – la ley del divorcio,
 - al problema del aborto,
 - en relación a las diversas píldoras y métodos artificiales anticonceptivos,
 - a los embarazos de las adolescentes,
 - a la homosexualidad y el lesbianismo.

- *No basta tampoco con un trabajo pastoral que preponderantemente se mueve en el campo psicológico, que ve el matrimonio y la familia básicamente en el orden natural sin incorporar, intrínsecamente, el orden de la gracia.*

Tenemos suficientes pruebas de la insuficiencia de este camino. Junto a todo esto hay algo más importante

Sí, no basta con proclamar la verdad. Esta es una gran falacia en la cual normalmente caemos. Sobre la doctrina social de la Iglesia hay innumerables documentos: encíclicas, discursos, exhortaciones apostólicas, estudios, etc. Todo está analizado, todo está dicho. Y luego, ¿qué pasa? Creo que una gran mayoría ni siquiera los conoce. ¿Quién ha leído las grandes encíclicas? Recordamos, cómo desde hace decenios, la Iglesia confía a los laicos la gran responsabilidad de poner en práctica la doctrina social. Surgieron partidos políticos con esa impronta ¿y qué pasó?

Si poseemos la verdad, si aclaramos la doctrina, se piensa, poseemos la virtud. Pero no es así. Eso es idealismo, platonismo. La pura doctrina no sirve de mucho. No quiero decir que no damos importancia a la doctrina social, que no debemos proclamarla. Pero es clarísimo que sólo la doctrina, sólo la proclamación de la verdad, no basta. Podemos agotarnos dando charlas sobre el no al divorcio, no a la píldora del día después, sobre la moral, sobre el aborto. Es lo que se hace constantemente y está bien que se haga. Pero, ¿cuánto logramos? Pareciera que no tanto, quizás algo... De todas maneras, es insuficiente. ¿Creen ustedes que con una buena ley sobre la familia, las separaciones se detendrán? Ojalá contemos con una buena ley de matrimonio y familia.

No basta una pastoral doctrinalista; no basta la denuncia y la insistencia por parte de la jerarquía. El Papa Juan Pablo II, ¿cuánto ha insistido sobre la doctrina social! No basta con denunciar los males y denunciar cuán inmoral es el aborto, o que el divorcio va contra la ley natural, etc. No basta simplemente con denunciar los males de la sociedad y de la familia.

Por otra parte, tampoco basta con centrar nuestros esfuerzos en denunciar los casos límite: el divorcio, el caso de las madres adolescentes, solteras, el aborto, el matrimonio de los homosexuales... Son todos casos límite y es lo que más aparece por todos lados, lo que más se difunde. Nos quemamos las pestañas diciendo lo inmoral que son estas

realidades. Está bien, pero no basta. No podemos centrar todos nuestros esfuerzos en apagar incendios. Apagamos un foco y aparece otro peor...

No basta tampoco con un trabajo pastoral que preponderantemente se mueva en el campo psicológico. A veces la pastoral familiar se centra demasiado en el trabajo de la pareja, del diálogo matrimonial, en la educación de los hijos, etc. Pero la religiosidad, la fe, la espiritualidad, parecen como un pegote. Hace falta que cambiemos *desde adentro*; tenemos que cambiar nuestra realidad familiar y matrimonial desde la fe, con la fuerza de la gracia. Con pura psicología tampoco se logra mucho. Qué difícil es solucionar los problemas sólo por ese camino, vamos de un el psicólogo a otro, de un psiquiatra a otro, de una terapia familiar a otra. Sin duda que no rechazamos, ni mucho menos, la psicología o las ayudas en el orden natural, pero no las vemos ni separadas ni yuxtapuestas a la fuerza de la gracia que sana y planifica la naturaleza, el amor, el diálogo, la sociedad ...

VI. LAS FUERZAS GESTADORAS DE UN ORDEN CRISTIANO DE LA SOCIEDAD

Si no basta con lo mencionado, entonces, cómo sanar los vínculos naturales en todos los órdenes: los vínculos personales, sociales, a las cosas y al trabajo. ¿Por la fuerza? ¿Dictando leyes? ¿Sólo rezando? ¿Denunciando?

¿Cómo establecer un vínculo personal con el Dios trino, con Cristo Redentor y ser personas capaces de gestar una sociedad según el querer de Dios?

El P. Kentenich responde:

DESDE MARÍA

DESDE EL SANTUARIO

DESDE LA FAMILIA

Se anunciamos esto en el foro público, en ámbito eclesial o político, seguramente, recibiríamos como respuesta una sonrisa irónica y un menear la cabeza...

1. DESDE MARÍA

El P. Kentenich afirma que, para forjar un orden cristiano de la sociedad, es necesario coronar a María como reina del mundo. Ella nos lleva a Cristo Rey. Cristo reinó y reina plenamente en María. Por eso, si María es nuestra Reina, estaremos bajo el reinado de Cristo. Si Cristo es Rey del mundo, entonces surgirá un nuevo orden cristiano de la sociedad, una sociedad más humana, más digna del hombre.

- ¿Será esto una utopía, una **respuesta piadosa**, respetable para muchos, pero poco efectiva?
- ¿No estamos cayendo en un **conservatismo** y fundamentalismo religioso mariano?
- ¿No nos estaremos **refugiando** en María y en lo religioso para huir a los problemas reales que acosan a la sociedad?

Por cierto que no.

No somos ni ilusos ni soñadores. No nos refugiamos en un fundamentalismo schoenstattiano. El camino que señala el P. Kentenich involucra un inmenso plan, una gigantesca tarea apostólica, que desborda todas nuestras posibilidades: “pesadas tareas sobre débiles hombros”.

El P. Kentenich ve la solución de los problemas sociales y la creación de un nuevo orden social íntimamente ligada a la coronación de la santísima Virgen.

Poco después, a su regreso del campo de concentración, en 1946, afirma lo siguiente en la Semana de Octubre (Jornada de Dirigentes) de ese año:

(La Semana de Octubre) tiene la misión de volver a coronar a la Santísima Virgen como Reina de mundo, para que reine junto a Cristo, el Rey. De esa manera queremos contribuir a la obra de salvar el orden social cristiano, tan amenazado en la actualidad. Tal objetivo determina directamente el carácter de la jornada. (p. 37)

El Padre fundador es clarísimo; Alemania está en ruinas después de la guerra que recién había terminado. De esas ruinas tendrá que surgir nueva vida, pero para ello era necesario coronar a la Virgen como Reina. Agrega:

Creo que van comprendiendo por qué es tan necesario coronar nuevamente a María Santísima. ¿Se dan cuenta de las proporciones gigantescas de la obra que abordamos? ¿Dónde están los genios, los seculares que logren llevar adelante una obra tan monumental? Coronemos a la Santísima Virgen y ella velará para que esta obra se realice. Esa es nuestra esperanza; de lo contrario, toda nuestra empresa será como un mero espejismo. (p. 130)

El P. Kentenich afirma que la renovación del orden social depende de que María, y con ella Cristo, asuman el rol que les corresponde en la sociedad, en el mundo, como Reina y Rey.

¿Cómo entender esto?

La afirmación implica tres aspectos centrales:

- **María es la Gran Señal**
- **La Alianza de Amor con ella posee una fuerza transformadora**
- **María es la omnipotencia suplicante**

Para el P. Kentenich, **María es la Gran Señal** que Dios ha querido hacer brillar en el horizonte de nuestro tiempo, como señal de luz y de victoria, de contradicción y de esperanza.

En primer lugar, María es la *Gran Señal* que Dios hace aparecer en el horizonte del tiempo actual. Como dice el Apocalipsis, ella es la Mujer vestida de Sol, la nueva Jerusalén que desciende desde el cielo. Ella aparece como señal de luz, de denuncia, de contradicción y de esperanza.

En un mundo que se debate en torno a la pregunta sobre hombre, cuál es su ser y su destino, sobre qué y cómo deber ser la sociedad; que se debate en un mundo donde las herejías antropológicas cobran cada día más cuerpo, donde abundan las herejías que tienen que ver con el hombre, en ese mundo, Dios hace brillar la Señal de luz: la Mujer vestida de sol.

María es el ideal del hombre redimido; en ella Dios nos dice, no con palabra, sino en una persona, en forma cercana y gráfica, qué es lo que él piensa del hombre y de la historia.

El P. Kentenich considera, además, que el amor a María, **la Alianza de Amor con ella**, nos capacita para ser artífices de una nueva sociedad.

Porque esa Alianza de Amor nos une y nos asemeja a ella. Ella es la gran educadora que forma hombres revestidos de una gran sensibilidad social.

Necesitamos la fuerza, la transformación que nos regala el vivir en íntima alianza con María. Con ello toca algo que es fundamental. Como dijimos, no basta con saber que hay que hacer las cosas de tal o cual modo, sino que hay que contar con una nueva sensibilidad social, un nuevo sentir social, un “olfato” de lo que es el hombre para Dios y lo que es una sociedad transida del espíritu de Cristo. Y esto lo da la alianza de amor con María.

Es muy distinto leer o discutir sobre doctrina social, a llevarla en el corazón y en el subconsciente. Ese nuevo orden social tiene que adentrarse en nuestro corazón porque hemos hecho propio el sentir del corazón de María, porque hemos conformado nuestro corazón con el suyo.

Por último, el P. Kentenich está convencido que sin gracias especiales, la tarea es demasiado gigantesca para nosotros y **María es la omnipotencia suplicante** que implora de su Hijo las gracias necesarias para que seamos eficaces en esta tarea.

En María, Dios nos regala una fuerza extraordinaria. Las tareas que debemos abordar nos sobrepasan. Solos, como pequeño grupo, pensamos que no podemos soñar con transformar la realidad de Chile. El P. Kentenich dice que sí podemos, porque el Dios nos ha regalado una fuente extraordinaria de gracias: la Omnipotencia Suplicante, María, está actuando y ella quiere regalarnos las gracias necesarias para que podamos abordar esta tarea como Familia de Schoenstatt, como personas, como laicos, de transformar el mundo.

1.2. María es la gran Señal

María es nuestra bandera, ella es el Reino de Dios personificado, es el logro perfecto de la redención de Cristo, es el producto, el fruto eminente de la redención. La Mujer vestida de sol es la imagen ideal del hombre redimido. A ella tenemos que mirar.

1.2.1. La ejemplaridad de María

Forjar un nuevo orden social requiere que exista un modelo, una imagen directriz que muestre lo que Dios pensó con el hombre.

Necesitamos el ejemplo vivo, el ideal encarnado. María es la nueva creatura en Cristo Jesús, es el hombre redimido tal como Dios lo pensó. Ella es la imagen perfecta del cosmos redimido, la realización plena y ejemplar del reino de Dios.

Ciertamente aquí está en juego la imagen poseemos de María.

Por eso el P. Kentenich aclara:

Si antes se le vio a María principalmente como custodia de un orden existente, como guardiana del jardín cerrado, ahora ella quiere comprometerse y actuar como la salvadora del orden destruido. De este modo sucede un importante cambio en nuestra imagen de María y del hombre. En ambos hay que acentuar más la decisión personal y libre, la libre y responsable cooperación en la reconstrucción de un orden cristiano destruido, trátase de la célula fundamental de la sociedad, la familia, o de otras formas de expresión de la comunidad. (p.115)

El P. Kentenich quiere decir aquí que con la piedad mariana tal como muchas veces se da en Chile y en Sudamérica, no podremos lograr nada especial. A veces los más fanáticos y devotos de la Virgen son los más reaccionarios respecto a la necesidad de un cambio; los más conservadores del des-orden social son los más religiosos, los más marianos. Tienen una imagen de María distorsionada o incompleta.

Si antes se consideró a María vencedora de las herejías cristológicas, hoy debemos considerarla también en la perspectiva de las herejías antropológicas. Ella da respuesta a la problemática actual en torno al hombre y la sociedad.

El 31 de Mayo recuerda que el P. Kentenich que ya en 1914 se afirma que María quiere mostrarse en nuestro tiempo como la vencedora de *las herejías antropológicas*.

Si -como lo dice el Primer Documento de Fundación- ella ha asumido la tarea de mostrarse en Alemania, desde nuestro Santuario, en forma preclara, como **la vencedora de los errores colectivistas**, entonces ella -me expreso a la manera humana- busca ansiosa con su mirada instrumentos que le ayuden a realizar esta tarea. (Plática del 31.V)

Mucho mas tarde **el Papa Pablo VI**, en su exhortación apostólica sobre la devoción a María, llama la atención expresamente sobre la dimensión antropológica del culto a la Virgen:

Deseamos en fin subrayar que nuestra época, como las precedentes, está llamada a verificar su propio conocimiento de la realidad con la palabra de Dios y, para limitarnos al caso que nos ocupa, a confrontar sus concepciones antropológicas y los problemas que derivan de ellas con la figura de la Virgen tal cual nos es presentada por el Evangelio. *La lectura de las Sagradas Escrituras, hecha bajo el influjo del Espíritu Santo y teniendo presentes las adquisiciones de las ciencias humanas y las variadas situaciones del mundo contemporáneo, llevará a descubrir cómo María puede ser tomada como espejo de las esperanzas de los hombres de nuestro tiempo.*

Luego, Pablo VI, para ejemplarizar esta afirmación, muestra a María como modelo para la mujer actual:

De este modo, por poner algún ejemplo, la mujer contemporánea, deseosa de participar con poder de decisión en las elecciones de la comunidad, contemplará con íntima alegría a María que, puesta a diálogo con Dios, da su consentimiento activo y responsable no a la solución de un problema contingente sino a la "obra de los siglos" como se ha llamado justamente a la Encarnación del Verbo; se dará cuenta de que la opción del estado virginal por parte de María, que en el designio de Dios la disponía al misterio de la Encarnación, no fue un acto de cerrarse a algunos de los valores del estado matrimonial, sino que constituyó una opción valiente, llevada a cabo para consagrarse totalmente al amor de Dios; comprobará con gozosa sorpresa que María de Nazaret, aun habiéndose abandonado a la voluntad del Señor, fue algo del todo distinto de una mujer pasivamente remisiva o de religiosidad alienante, antes bien, fue mujer que no dudó en proclamar que Dios es vindicador de los humildes y de los oprimidos y derriba de sus tronos a los poderosos del mundo (cf. Lc. 1, 51-53); reconocerá en María, que "sobresale entre los humildes y los pobres del Señor", una mujer fuerte que conoció la pobreza y el sufrimiento, la huida y el exilio (cf. Mt. 2, 13-23): situaciones todas estas que no pueden escapar a la atención de quien quiere secundar con espíritu evangélico las energías liberadoras del hombre y de la sociedad; y no se le presentará María como una madre celosamente replegada sobre su propio Hijo divino, sino como mujer que con su acción favoreció la fe de la comunidad apostólica en Cristo (cf. Jn. 2, 1-12) y cuya función maternal se dilató, asumiendo sobre el calvario dimensiones universales.

Por último concluye:

Son ejemplos. Sin embargo, aparece claro en ellos cómo la figura de la Virgen no defrauda esperanza alguna profunda de los hombres de nuestro tiempo y les ofrece el modelo perfecto del discípulo del Señor: artífice de la ciudad terrena y temporal, pero peregrino diligente hacia la celeste y eterna; promotor de la

justicia que libera al oprimido y de la caridad que socorre al necesitado, pero sobre todo testigo activo del amor que edifica a Cristo en los corazones.
(MCult 2:37)

Es interesante constatar que el P. Kentenich afirmaba esto muchos años antes. Pablo VI es el primero que, en un documento oficial de la Iglesia, habla de María en la perspectiva antropológica. En su exhortación apostólica, *Marialis Cultus*, una de las más fundamentales sobre María, *Marianis Cultus*, dice que debe darse un cambio en la devoción a la Virgen. Una piedad extraeclesial mariana tiene que convertirse en una piedad eclesial, una piedad mariana antes poco litúrgica tiene que llegar ser litúrgica; una piedad mariana alienante, tiene que transformarse en una piedad mariana que tiene una fuerte incidencia antropológica. Es la misma visión del P. Kentenich.

En la Jornada de Octubre de 1946, el P. Kentenich se explaya ampliamente sobre la necesidad de que María y Cristo sean reina y rey del mundo, como condición necesaria para que surja un nuevo orden cristiano de la sociedad.

Toma la imagen del profeta Ezequiel sobre los huesos secos, cuando Dios le manda profetizar, para que ese campo desértico de huesos secos vuelva a cobrar vida. El siente que Dios también le pide profetizar, y la palabra que pone en su boca es: profetiza, proclama, a María:

¿No se apiadará el Dios vivo de nosotros, no nos enviará un profeta al cual le diga: “Profetiza, hijo de hombre” (Ez 37,9); di la palabra, la palabra justa, la palabra que obre la transformación, la palabra que haga de este campo de escombros y de cadáveres, nuevamente un organismo vivo, una tierra floreciente? Pronuncia esa palabra transformadora. Salva este orden social tan fuertemente afectado y quebrantado. Contribuye al renacimiento de un orden social y mundial verdaderamente cristiano, tal como existiera en otros tiempos en el Viejo Mundo. ¿Acaso Dios no tendrá misericordia? ¿No pronunciará su palabra omnipotente? ¿No le dirá al profeta: “profetiza”?

Aportar a la labor de rescatar la vida de entre las ruinas significa para nosotros coronar a María Santísima, reconocer el reinado de la Virgen sobre toda la faz de la tierra. Así veremos cómo los huesos se juntarán unos con otros y se infunde nueva vida, diáfana y palpitante, al cadáver de Europa y del mundo, y a esta sociedad tan conmocionada y resquebrajada. (p. 177)

El reinado de María Santísima es el medio para reconocer el reinado de Cristo Jesús. (...) En cuanto a mí personalmente lo más importante es: “¡Profetiza, hijo de hombre!” (Ez 37,9) **¡Corona a la Santísima Virgen y habrás salvado el orden social cristiano!** Quien conozca los tiempos que corren, quien vislumbre el hambre y el desvalimiento de este mundo, quien observe la indiferencia de la sociedad, incluso de aquellos que han recibido una misión de parte de Dios, no se

dará descanso hasta hallar una manera de brindar su aporte para el cambio de este estado de cosas. (p. 193)

Un orden social cristiano debe ser también un orden social orgánico. Sin Cristo, el Rey, cabeza de la comunidad humana, y sin la Santísima Virgen, el corazón, jamás logrará la humanidad de hoy recuperar su equilibrio y salud. Esta es la fe que nos inspira tranquilidad y seguridad en nuestro caminar. (p. 207)

Y cuanto más se acerca ella al mundo tanto más cerca está el advenimiento de un orden social cristiano y orgánico. (...) María Santísima quiere valerse especialmente de nosotros como sus instrumentos. Ella hará que seamos sus instrumentos para un reino ideal, primero en ambientes más pequeños y luego en ambientes y círculos cada vez más vastos. De esa manera contribuiremos a restaurar el orden social tan conmocionado y amenazado. (p. 209)

María representa la imagen ideal del hombre nuevo y de un nuevo orden mariano. Puesto que la consagración implica la unidad de fines con aquel con quien se está en alianza, implica el deber de comprometerse valiente y permanentemente con la Santísima Virgen por la expansión de ese cosmos ordenado (que ella encarna) y la erradicación de los valores que se le oponen.

La “nueva creación”, el Reino de Dios aquí en la tierra, el hombre redimido ya existe: es María.

En ella Dios nos dice que espera de la humanidad

Nos dice como soñó él al hombre

Nos regaló un prototipo, el fruto por lo cual Cristo murió en la cruz.

Ella es la ciudad sobre el monte, es la Nueva Jerusalén que baja del cielo, como la mujer vestida del sol de Cristo.

Por eso queremos forjar una cultura que lleve el sello de María inmaculada.

Nuestra misión consiste en marianizar la sociedad

Más que las palabras el ejemplo encarnado. Ese es el pilar básico de la pedagogía de Dios.

- Si queremos salvar la **dignidad** del hombre, debemos mirar a María
- Si queremos salvar la **libertad** del hombre, tenemos que mirar a María

- Si queremos tener **hombres abiertos a Dios**, hombres filiales, tenemos que mirar a María
- Si queremos crear una sociedad de **hombres capaces de vincularse**, de amar, de establecer vínculos, capaces de amar como Cristo, tenemos que mirar a María
- Si queremos una sociedad solidaria, de hermanos en Cristo, tenemos que mirar a María
- Si queremos contar con constructores de la sociedad **para quienes servir significa realizarse**, tenemos que mirar a María
- De hombres **solidarios y corresponsables**, tenemos que mirar a María
- Si queremos hombres constructores de la sociedad **animados por una auténtica sensibilidad social y preocupación por los más desvalidos**, tenemos que mirar a María

ESTAMOS LLAMADOS A FORJAR UN NUEVO ORDEN MARIANO DE LA SOCIEDAD:

Tenemos que hacer brillar la persona de María como la Gran Señal. Es decir, si nosotros queremos sanar una sociedad que pisotea la dignidad del hombre, tenemos que mirar a María. Si queremos salvar la dignidad de la persona humana, tenemos que mirar a María; si queremos una sociedad de hombres libres, tenemos que mirar a María; si queremos forjar hombres que sean una viva imagen de Cristo, abiertos a Dios, con los pies en la tierra pero profundamente filiales y niños ante Dios Padre, que estén capacitados para ser artífices de la nueva sociedad, tenemos que mirar a María.

Si queremos una sociedad de hermanos, solidaria, tenemos que mirar a la Virgen de la Visitación, a la Virgen de Caná, a la Virgen del Gólgota.

Si queremos una sociedad donde la autoridad sea servicio y no simplemente poder, tenemos que mirar la humilde sierva del Señor, para quien su reinado fue servir.

Si queremos sentirnos responsables de los destinos del mundo, tenemos que mirar a aquella que decidió la historia del mundo; que con su sí cambió la historia. Ella hizo historia con Cristo; está en el centro de la historia, con y en dependencia de Cristo, como Corredentora y Medianera de todas las gracias.

Estamos llamados a forjar un *orden mariano de la sociedad*.

Dijimos que el humanismo de Dios es una utopía. El P. Kentenich repite mil veces: Apostasía de Dios conduce a la conduce. Una sociedad que deja de lado a Dios, que olvida a Dios, que hace de Dios algo inofensivo, se corrompe. El humanismo sin Dios lleva a la corrupción y a la bestialidad.

1.2.2. Rasgos centrales de la ejemplaridad de María en relación al nuevo orden social

a. María reina asegura la imagen del Dios verdadero y muestra la relación debida a él

El humanismo sin Dios es una utopía. Frente a constructores de la sociedad que prescinden teórica y prácticamente de Dios, la persona de María es una viva protesta. Ella muestra que la redención viene de Dios. Que Dios es el señor de la historia, y que es él quien irrumpe en ella como Redentor en Cristo Jesús.

Ella señala cuál es la verdadera imagen del Dios salvador y redentor. Lo proclama con fuerza en el Magnificat: es el Dios poderoso y santo, que irrumpe en la historia y salva; es el Dios lleno de misericordia y fiel, que posee una especial predilección por los humildes.

Es el Dios que involucra al hombre en su plan de salvación, que se fija en la pequeñez de sus siervos y hace grandes cosas en ellos y a través de ellos. Es ese Dios que se vale de ella como instrumento para intervenir en la historia. Es un Dios que requiere nuestra cooperación, que no quiere salvar sin nosotros.

Esto está en franca contradicción con la mentalidad secularista, materialista, activista y pasivista actual.

Construir un nuevo orden social requiere de hombres que posean esta imagen de Dios y que se pongan en manos de Cristo para construir un mundo nuevo.

Hombres abiertos a la gracia, que como María estén dispuestos a decir: yo soy el siervo, yo soy la sierva del Señor, que se haga en mí según el querer de Dios, no según mi criterio o mi real antojo.

Hombres profundamente filiales, pero que tienen los dos pies en la tierra y cooperan valientemente con Cristo redentor, aunque la cruz sea parte de su destino.

B. María encarna la plenitud de la dignidad humana

Mientras nosotros no sintamos que María y, con ella, Cristo, están presentes en cada hombre, no podremos luchar eficazmente por la dignificación del hombre. Cuando la Iglesia dice que tiene una opción preferencial por los pobres, se la etiqueta como roja, le acusa de “entrometerse en política”. Pareciera que luchar por la dignidad de la persona humana, del obrero, del empleado, del ejecutivo, de cada ser humano, sea cual sea su color, su raza o su posición social, es actuar “políticamente”. Esa es normalmente la reacción. Por eso, mientras nosotros no logremos interiormente hacer que cada persona sienta a todos los hombres como hijos de Dios, nunca lo respetarán de verdad, nunca se preocuparán realmente de ellos, porque no les importará que sea pisoteada su dignidad, porque no lo sienten como hermano nuestro, porque no vemos que se pisotea en ellos la imagen de María.

El P. Hernán Alessandri, hace años atrás, al ver las niñas que pedían limosna en la calle y que después se prostituían, se dijo: Es la imagen de María la que se está pisoteada: como schoenstattianos no podemos quedarnos tranquilos, tenemos que hacer algo por estas niñas. Y así nació *María Ayuda*. ¿Cuál fue el impulso que lo movió a hacerlo? Por qué? Porque en su corazón había una sensibilidad que lo llevaba a sentir que en esas niñas se estaba pisoteando la dignidad de María. Esa corona de Reina que lleva cada mujer, estaba siendo pisoteada. El lo pudo sentir porque tenía a María en su corazón.

Y si el empresario, el médico, el político, el economista no tienen esta sensibilidad en el corazón, van a pasar de largo, van a ignorar, van a instrumentalizar o a marginar a las personas. Lo que les importa es estar bien ellos.

En María resplandece la dignidad del persona humana en todo su esplendor.

Cuando P. Kentenich contempló la estatua de la Inmaculada en la cumbre del cerro san Cristóbal, quedó prendado de ella y dijo que ésa era la imagen que dominaba la ciudad tenía su taller en el valle, donde ella formaría hombres nuevos según su imagen.

Con esto se traza un programa de reforma eminentemente mariano. La imagen de María nos da un criterio claro y vital. Ella es para nosotros la norma según la cual consideramos y tratamos al hombre, porque es la dignidad de María la que es lesionada en nuestro tiempo, en la fábrica, en la empresa, en los hospitales, en los burdeles, en todas partes.

En María resplandece la dignidad de la persona humana en todo su esplendor: ella es la Inmaculada, la perfecta encarnación del hombre redimido por Cristo Jesús.

La Iglesia aboga y exige la instauración de un orden justo. Un orden en que los hombres puedan realizarse como hombres, en donde su dignidad sea respetada, sus legítimas aspiraciones satisfechas, su acceso a la verdad reconocido, su libertad personal garantizada. Un orden en el que los hombres no sean objetos, sino agentes de su propia historia. Aboga por el desarrollo integral de todo el hombre y de todos los hombres, por el paso de condiciones menos humanas a condiciones más humanas. (cf. Medellín, 2,114). Con ello la Iglesia traza un programa de reforma eminentemente mariano.

Es la dignidad de María la que es menoscabada, la que es herida o pisoteada en las fábricas, en las empresas, en el campo, en la ciudad, en todas partes, por el ansia de poder, de placer y de tener siempre más y más. Porque es la dignidad de María la que es lesionada y vejada por estructuras opresoras de cualquier índole que ellas sean; es la dignidad que resplandece en María la que es lesionada y pisoteada por la propaganda, por la subcultura del sexualismo y de los alucinógenos, por la sociedad de consumo y la masificación. Es la dignidad que resplandece en ella la que es lesionada cuando se denigra a la mujer y se promueve una cultura de la muerte.

Cuando la Iglesia nos habla de crear una nueva economía más humana, una empresa que sea fundamentalmente comunidad de personas, y nos advierte contra sistemas que atentan contra la dignidad de la persona, contra sistemas y estructuras que tienen como presupuesto la primacía del capital, del poder y del lucro, por sobre la persona, aunque ideológicamente muchas veces sostengan un humanismo, cuando la Iglesia aboga por esto, entonces traza con ello un programa eminentemente mariano.

Son tareas que brotan de nuestro marianismo, por lo tanto, las que asume quien busca la transformación de las empresas, para que los obreros tengan más participación y, con

ello, más dignidad; para que no sólo se beneficien los empresarios, sino también los obreros.

Es una labor mariana la que asume un médico cuando busca que se transforme el sistema de salud nacional; cuando se lucha por el cambio en pro de una mayor justicia; o cuando se busca una estructura donde haya más participación política y social. Todo ello va a permitir al hombre ser más hombre, es decir, ser más como María es. Hay un urgente llamado, que brota desde Schoenstatt, del Padre fundador, a reestructurar la sociedad de modo que en ella cada persona sea vista y sea tratada como María; sea tratada y respetada como el Padre Dios trata, mira y respeta a María, como corresponde a hijos de Dios y miembros del Cuerpo de Cristo.

c. En María resplandece la plenitud de la libertad

María se alza como señal de luz y esperanza y como viva protesta. Y los schoenstattianos, por nuestra alianza de amor, debemos convertirnos en paladines de la libertad, en hombres que luchen para que el hombre sea libre.

¿Nuestro pueblo, es capaz de ser libre? ¿Es capaz de decidir? ¿Qué formación tiene para hacerlo? ¿Se toma en cuenta el parecer, la opinión de los subalternos? ¿Confiamos en las personas? ¿Cómo actúan las autoridades? ¿Reciben, escuchan, tratan de ponerse en el lugar del otro? ¿O más bien imponen, mandan, reprenden, gritan, exigen, excluyen? ¿Tenemos una sociedad libre? ¿Se da lugar a una auténtica participación? Hay mucho que meditar y que conversar al respecto.

El reino de Dios es un reino de la libertad. Dios creó el hombre a su imagen y semejanza y llamó a sus hijos a conformar una sociedad de hombres libres en Cristo Jesús, libres como María.

Sin embargo, la inmensa mayoría de los hombres latinoamericanos lleva una existencia marginada: está en una situación de esclavitud cultural, social, política, económica. Millones de habitantes de este continente viven sumidos en un mundo de ignorancia, excluidos de los beneficios de la cultura y de la técnica, llenos de prejuicios y supersticiones, lejos de toda participación activa en las decisiones políticas y en las

fábricas o empresas en que trabajan, imposibilitados, por las mismas condiciones infrahumanas en que muchas veces viven, de salir de su esclavitud. (cfr. M 4, 3; 4,7)

María se alza como señal de luz y esperanza y como viva protesta. Los schoenstattianos, porque somos marianos, estamos llamados a convertirnos en paladines de la libertad del, en aquellos que más luchen para que el hombre llegue a ser libre, así como María fue libre.

Libre, como ella, en primer lugar, del egoísmo, de las ataduras de los instintos, de los impulsos ciegos, de las pasiones, del individualismo que corroe todo, en una palabra, libre del pecado.

Libres, además, para participar, para sentirse persona humana, para sentirse alguien que tiene voz y que es considerado en todos los ámbitos, desde que es niño en su hogar, en el colegio, en la universidad, en la empresa donde trabaja.

Y ser libre significa ser capaz de autodecidirse y de autorealizarse, capaz de comprometerse. Si nosotros analizamos la situación de nuestro pueblo latinoamericano, del hombre que vive en nuestras poblaciones, que trabaja a veces hasta 12 horas al día o más, y que apenas tiene qué comer; que desde niño fue un paria de la sociedad, ¿puede ser éste un hombre libre, capaz de autodecidir? ¿qué sabe de decisiones y quién le ha enseñado a decidir? ¿Quién lo considera como una persona?

Y si miramos a aquellos que cuentan con una mejor situación económica y social, ¿podemos decir que sean hombres libres? ¿no son, más bien, esclavos del ansia de poder y de tener? ¿no son esclavos de la máquina, del trabajo, del sexualismo, del dinero y del placer?

Porque somos marianos, tenemos la misión de alcanzar la libertad y de ser instrumentos de liberación. Para ello no sólo debemos ser un movimiento de educación. Partiendo de esa base, al mismo tiempo tenemos que luchar por estructuras que posibiliten la verdadera libertad, donde cada persona pueda autodecidir y autorealizarse en bien de la misma comunidad.

Trabajar por la liberación es una tarea mariana. María proclama la verdadera libertad. Si deseamos "un orden en que los hombres no sean objetos sino agentes de su propia historia" (M 2,14) sólo tenemos que mirarla a ella. Y verla, por ejemplo, en la escena de la Anunciación; con entereza, consciente de su dignidad, cómo se enfrenta ante una decisión, indaga y luego se compromete. Ella se sabe y se siente llamada a participar libremente de la suerte de su pueblo; se sabe llamada a cooperar en la obra redentora de Cristo. Consciente de su rol exclama "¡Bienaventurada me llamarán todas las generaciones!" En ella se ha superado todo sentimiento proletario de vida y todo complejo de inferioridad.

María, llevada a la máxima participación con Cristo, es la colaboradora estrecha en su obra. Ella fue "algo del todo distinto de una mujer pasivamente remisiva o de religiosidad alienante" (MC 37). No es sólo el fruto admirable de la redención; es también la cooperadora activa. En María se manifiesta preclaramente que Cristo no anula la creatividad de quienes le siguen. Ella, asociada a Cristo, desarrolla todas sus capacidades y responsabilidades humanas, hasta llegar a ser la nueva Eva junto al nuevo Adán. María, por su cooperación libre en la historia. Por esta comunión y participación, la Virgen Inmaculada vive ahora inmersa en el misterio de la Trinidad, alabando la gloria de Dios e intercediendo por los hombres. (DP 293)

Sacar al hombre de su esclavitud interior y exterior, capacitarlo para participar, por medio de una labor de formación personal como por el cambio de estructuras, es parte esencial de un programa netamente mariano.

d. María es señal de luz ya que en ella resplandece la plenitud de la sensibilidad social y del sentido maternal

Somos herederos y parte de una sociedad marcadamente individualista. Hemos sido testigos de la lucha por hacer de esta sociedad una sociedad fraterna, pero con armas fratricidas.

Si observamos nuestra sociedad y escuchamos con atención la voz del Evangelio y del magisterio de la Iglesia, fácilmente descubriremos que nuestro mundo clama a gritos por la presencia en él de valores auténticamente maternos. Por que, por ejemplo, ¿qué otro sentido tiene la insistente preocupación de la Iglesia por los más desvalidos? ¿No es ésta una preocupación netamente materna?

Vivimos inmersos en una cultura tremendamente hipervirilizada, donde lo que cuenta es la eficacia, el poder, la producción, la técnica, la organización, el lucro, donde reina el egoísmo y la manipulación del hombre por el hombre, donde se pasa por encima de la persona y de sus inalienables derechos, donde no hay respeto por la vida. Pareciera que en nuestra cultura hubiesen desaparecido los valores y el sentido materno.

Durante siglos ha reinado el machismo y hoy, como revancha, se abre paso un feminismo radical, donde la mujer no quiere ser ni madre ni virgen; donde compite cuerpo a cuerpo con el varón, perdiendo su propia identidad. La destrucción del hogar, la carencia de familia, el deterioro de las relaciones personales, han generado una sociedad atomizada, disgregada, de hombres engranajes de una máquina, solitarios y descobijados. ¿A cuántos realmente les importa el otro? ¿Quiénes conciben verdaderamente la autoridad como servicio? ¿Cuántos están dispuestos, con actitud de amor y de servicio, a posponer el propio provecho en bien del tío?

Con razón se aboga por una mayor presencia de la mujer en el mundo de la política, del trabajo y de la cultura. Pero, ¿está dispuesta la mujer a asumir en medio de ese mundo una actitud maternal, de servicio? ¿Está dispuesta a acoger la vida y a servir la vida? ¿No ve más bien la maternidad como una realidad esclavizante y un sometimiento indigno que coarta su libertad?

La sociedad actual necesita de la mujer, pero de la mujer redimida; el varón hoy y siempre necesita de la mujer, pero de la mujer redimida. Es hora de que nos convenzamos que no tendremos una cultura más humana y más digna del hombre, que no tendremos una civilización del amor y de la vida, sin que surja en el horizonte de nuestro tiempo la Gran Señal, *la Mujer, María*.

Es luminosa la enseñanza de Puebla en este sentido:

Mientras peregrinamos, María será la Madre educadora de la fe (LG 63). Ella cuida de que el Evangelio nos penetre, conforme nuestra vida diaria y produzca frutos de santidad. Ella tiene que ser cada vez más la pedagoga del Evangelio en América Latina.

María es verdaderamente Madre de la Iglesia. Marca al Pueblo de Dios. Pablo VI hace suya una concisa fórmula de la tradición: "No se puede hablar de la Iglesia si no está presente María" (MC 28). *Se trata de una presencia femenina que crea el*

ambiente familiar, la voluntad de acogida, el amor y el respeto por la vida. Ella es presencia sacramental de los rasgos maternos de Dios. Es una realidad tan hondamente humana y santa que suscita en los creyentes las plegarias de la ternura, del dolor y de la esperanza. (DP 299) (...)

María es mujer. Es "la bendita entre todas las mujeres". *En ella Dios dignificó a la mujer en dimensiones insospechadas. En María el Evangelio penetró la femineidad, la redimió y la exaltó. Esto es de capital importancia para nuestro horizonte cultural, en el que la mujer debe ser valorada mucho más y donde sus tareas sociales se están definiendo más clara y ampliamente.* María es garantía de la grandeza femenina, muestra la forma específica del ser mujer, con esa vocación de ser alma, entrega que espiritualice la carne y encarne el espíritu. (DP 299)

María aparece nuevamente ante nosotros como la señal de contradicción y denuncia; y, por otra parte, como señal de luz y de esperanza. María no es una idea, es una persona, y es una persona que es mujer y madre. Cuando la contemplamos en el Evangelio destaca en ella su corazón sensible (pérdida en el templo), su sensibilidad ante las necesidades de los demás (visitación), su disposición al servicio (Caná), su función materna (Gólgota y Pentecostés).

La Virgen María se hizo la sierva del Señor. La Escritura la muestra como la que, yendo a servir a Isabel en la circunstancia del parto, le hace el servicio mucho mayor de anunciarle el Evangelio con las palabras del Magnificat. En Caná está atenta a las necesidades de la fiesta y su intercesión provoca la fe de los discípulos que "creyeron en El" (Jn. 2,11). Todo su servicio a los hombres es abrirlos al Evangelio e invitarlos a su obediencia: "Haced lo que El os diga" (Jn. 2,5). (...)

Pablo VI señala la amplitud del servicio de María con palabras que tienen un eco muy actual en nuestro continente: ella es "una mujer fuerte que conoció la pobreza y el sufrimiento, la huida y el exilio (Cfr. Mt. 3,13-23): situaciones estas que no pueden escapar a la atención de quien quiere secundar con espíritu evangélico las energías liberadoras del hombre y de la sociedad. Se presentará María como mujer que con su acción favoreció la fe de la comunidad apostólica en Cristo (Cfr. Jn. 2,1-12) y cuya función maternal se dilató, asumiendo sobre el Calvario dimensiones universales" (MC 37) El pueblo latinoamericano sabe todo esto. La Iglesia es consciente de que "lo que importa es evangelizar no de una manera decorativa, como un barniz superficial" (EN 20). Esa Iglesia, que con nueva lucidez y decisión quiere Evangelizar en lo hondo, en la raíz, en la cultura del pueblo, se vuelve a María para que el Evangelio se haga más carne, más corazón de América Latina. Esta es la hora de María, tiempo de un nuevo Pentecostés que ella preside con su oración, cuando, bajo el influjo del Espíritu Santo, inicia la Iglesia un nuevo tramo en su peregrinar. Que María sea en este camino "estrella de la Evangelización siempre renovada"(EN 81). (DP 300-303)

Este es el ideal que nos orienta. En ella resplandece la actitud de servicio a Cristo y a los hombres. Toda su persona está orientada a servir. Sirve al Señor durante toda su vida; sirve a su pueblo; sirve en lo más pequeño y en lo más grande. La vemos preocupada de asistir a su prima Santa Isabel, atenta a las necesidades de los demás en Caná. María se define a sí misma como la sierva del Señor, y porque es la sierva, se hace sierva de los hombres. Ella no vive para sí sino para los demás; sirve como cooperadora del Señor y como Madre de la Iglesia.

Pero la Virgen no sólo está preocupada de las necesidades personales inmediatas de aquellos que la rodean o que están confiados a su cargo. Ella sabe que con su actitud de servicio juega un papel histórico. Se sabe solidaria con Israel. La pequeña muchacha de Nazaret asume libremente, en actitud de servicio y solidaridad con su pueblo y como representante del mismo, la misión de ser Madre del Mesías. Con ello produce un vuelco en la historia.

Tenemos que hacer resplandecer y hacer surgir su imagen en nosotros y en cada miembro de la sociedad; debemos transformar las estructuras haciendo de ellas medios de servicio y no de poder y egoísmo. Toda la sociedad debe adquirir un sello mariano. Todos han de sentirse, a semejanza de María, llamados por el Señor a cooperar y construir en común el destino de nuestro pueblo en una auténtica actitud de servicio y entrega.

Hemos señalado, a modo de ejemplo, algunas facetas centrales de la imagen de María como señal de luz en la instauración de un orden cristiano de la sociedad. Siguiendo la visión del P. Kentenich, aboquémonos ahora a otro de los aspectos centrales que abarca nuestra misión.

1.3. Nuestra fuerza es la Alianza de Amor con María

El P. Kentenich afirma que la construcción de un orden cristiano de la sociedad está condicionada a que coronemos a María como reina del mundo, y con ello, de nuestros corazones y de nuestros hogares. Su reinado es la expresión, el camino y la garantía del reinado de Cristo Jesús. Él es el Redentor, María es su sierva, su compañera y colaboradora permanente. Si la destacamos a ella es porque ella nos lleva a un conocimiento y unión vital al Señor, porque en ella él nos muestra la eficacia de su gracia

redentora y el ideal al cual quiere conducirnos. Ella, decíamos, es el fruto más excelso de la redención, el germen del reino de Dios en la tierra. Pero la Virgen María es, además de ser un ideal encarnado, un camino.

María no sólo actúa por la fuerza que significa un ideal. Ella es causa eficiente de la nueva sociedad animada por los valores del Reino de Cristo, porque el amor a ella posee una extraordinaria fuerza transformadora.

El amor a ella también **es la fuerza que nos transforma y nos permite** ser fecundos en nuestro intento renovador.

Ella es la educadora del corazón humano según el modelo de su propio corazón; también y vencerá en nosotros y en la sociedad actual las herejías antropológicas. Su labor de educadora se hace especialmente eficaz en la Familia de Schoenstatt por la Alianza de Amor, por el cariño que le profesamos. ¿Qué nos lleva a hacer esta afirmación? Es porque a través de la Alianza se establece entre ella y nosotros una estrecha comunidad de bienes e intereses, una íntima fusión de corazones y un intercambio de vida. Por la Alianza empieza a obrar en nosotros la fuerza unitiva, asemejadora, transformadora y creadora del amor. De esta forma su mundo, su cosmos ordenado, en relación a sí misma, en relación al mundo, a los hombres y a Dios, se transfiere a nuestro propio corazón y pasa a ser nuestro mundo.

Si pretendemos transformar nuestra cultura e instaurar en nuestro mundo el reino de Cristo, es preciso llegar a cambiar el corazón del hombre. Sin hombres nuevos, que sientan y actúen como Cristo, nunca tendremos una nueva sociedad:

Todos necesitamos una profunda conversión a fin de que llegue a nosotros el reino de justicia, de amor y de paz. (...) La originalidad del mensaje cristiano no consiste directamente en la afirmación de la necesidad de un cambio de estructuras, sino en la insistencia en la conversión del hombre, que exige luego este cambio. No tendremos un continente nuevo sin nuevas y renovadas estructuras; sobre todo, no habrá continente nuevo sin hombres nuevos, que a la luz del Evangelio sepan ser verdaderamente libres y responsables. (M 1,3)

La doctrina social debe convertirse en mentalidad; la mentalidad en actitudes, las actitudes en sensibilidad, y estas nuevas actitudes y nueva sensibilidad deben traducirse en un actuar coherente que se exprese en obras, formas de vida y estructuras acordes con el orden social o sociedad querida por Dios. Pero, ¿cómo hacer realidad este programa? ¿Predicando o proclamando los ideales? Ciertamente, pero hay algo más decisivo: es preciso tocar el corazón, transformar la sensibilidad, llegar hasta el subconsciente. Y el amor es la única fuerza capaz de lograr este milagro. Si se capta el corazón (no simplemente el sentimiento o la emotividad), entonces los ideales y la voluntad podrán desplegar toda su potencialidad. La persona humana es más que razón y voluntad ...

El amor a María capta nuestro corazón. Ella posee el carisma del amor. Y su amor, que llega a nosotros en forma cercana y cálida, como todo amor, produce una especie de “fusión de corazones” entre ella y nosotros. Entonces ese amor engendra en nosotros actitudes y sentimientos semejantes a los que laten en su corazón. Por el amor, lo que palpita en su corazón comienza también a palpitarse en el nuestro: su abertura a Dios, su actitud de servicio, y, sobre todo, su entrega incondicional a Cristo y a su obra redentora., porque en el centro del corazón de María está Cristo.

Así, si realmente vivimos consecuentemente la Alianza de Amor con María, tarde o temprano, nos apropiaremos de su mundo. Las obras de Dios son lentas. Si somos consecuentes y fieles a María vamos a terminar siendo artífices de una sociedad más cristiana y más humana. La Santísima Virgen no permitirá que nos establezcamos y aburguesemos. Ella tiene por tarea “intranquilizarnos”. Si nos sentimos satisfechos, quiere decir que estamos dejando de ser marianos, que hemos olvidado la Alianza de Amor.

Las perspectivas del desarrollo y crecimiento al cual nos impulsa el amor a María son inagotables. Tenemos tarea para toda la vida: la constante conquista y lucha a fin de asemejarnos y de asemejar el mundo cada día más a María, hasta que llegue el día definitivo cuando todo se haya congregado en torno a la Santísima Virgen y en ella y con ella en torno Cristo, el Señor. Sólo entonces podremos estar tranquilos y podremos decir que hemos llegado a la meta, cuando todo sea de Cristo y en Cristo todo sea del Padre.

La gran ley de la pedagogía mariana la formula el P. Kentenich de este modo: “Por la vinculación a María hacia la conquista de una actitud y un estilo de vida y de trabajo marianos”.

El fundador de Schoenstatt confía en la fuerza transformadora del amor. La unión de amor nos lleva a asemejarnos y a hacer nuestros los intereses de María. Esto requiere, como lo señalamos más arriba, que la imagen que poseemos de la Virgen sea su verdadera imagen y no una imagen incompleta o, incluso, deformada de su persona. Más aún, agregamos que debemos considerar a María, destacando en ella los rasgos del auténtico humanismo. La vemos como la vencedora de las herejías antropológicas. Nos vinculamos a aquella que encarna en su perfección el sentido social y la imagen del hombre redimido libre y solidario.

Pero esto no basta. Nuestro amor a María debe ser al mismo tiempo un amor no sólo afectivo sino también un amor efectivo.

¿Qué queremos decir con ello? Que nuestro marianismo o nuestra Alianza de Amor no puede reducirse a meros sentimientos o a una devoción alienante.

No cualquier vinculación a María gesta una mentalidad y actitudes sociales marianas. Es un hecho que muchas veces aquellos que abogan por poner más en el centro a Dios y por un mayor cultivo de la vida espiritual, muestran poco sentido social, poca voluntad de cambiar un orden que no corresponde al Evangelio y a la doctrina social de la Iglesia. El santo Luis María Grignon de Monfort hablaba, por eso, de la *verdadera devoción a María*. Y es esa verdadera devoción, la auténtica vida según la Alianza de Amor con María, el camino más rápido y seguro para la formación de tales hombres nuevos que sean a su vez los propulsores de un auténtico cambio de estructuras.

María desea mostrar su eficacia desde nuestro Santuario como educadora del pueblo chileno y sudamericano.

¿No querrá la Santísima Virgen -dice nuestro Padre en la bendición del Santuario en 1949- crear aquí una perfecta filial de Schoenstatt?” Ella quiere ser educadora del pueblo chileno. El ideal que guía su tarea educadora nos lo revela cada vez que miramos hacia arriba, hacia el cerro y vemos la Inmaculada. Es extraordinariamente simbólico y pleno de sentido que ella quiera erigir su taller de formación abajo en el valle.

Por eso rezamos con nuestro Padre:

Desde aquí construye un mundo
que sea grato al Padre,
tal como lo imploró Jesús
con aquella anhelante oración
Siempre allí reinen amor,
verdad y justicia,
y esa unión que no masifica,
que no conduce al espíritu de esclavo.
Manifiesta tu poder
en la negra noche de tormenta;
conozca el mundo tu acción
y te contemple admirado,
te nombre con amor y se confiese reno tuyo;
Schoenstatt porte valerosamente
hasta muy lejos tu bandera
y someta victorioso a todos los enemigos. (HP, 495-498)

2. DESDE EL SANTUARIO

la tarea de impregnar la cultura con los valores del Evangelio es una tarea gigantesca. Dios nos ha confiado por manos de María la misión de restablecer el orden natural y sobrenatural de vinculaciones, en un tiempo donde este organismo está profundamente socavado, debilitado o destruido disuelto. Para ello pone a nuestra disposición las fuentes de gracias de las cuales todos gozamos en la Iglesia: palabra de Dios, sacramentos, etc. Nos ha regalado además la fuente de gracias que significa nuestro santuario. Desde el santuario nuestra Madre y Reina quiere glorificarse como la vencedora de las herejías antropológicas. Nuestro santuario es ese lugar santo escogido por ella, desde donde *“surgirán, crecerán y serán fecundos hombres santos”*, santos laicos, familias santas, cuna de una nueva sociedad. En él *“se impondrán santas tareas, es decir, tareas que santifican, sobre débiles hombros”* (Plática del 31 de Mayo).

Dios ha querido abrir a través de María una fuente extraordinaria de gracias, donde ella obrará milagros de transformación interior y de fecundidad apostólica. Milagros de transformación que hacen de hijos de nuestro tiempo hombres nuevos, con una nueva mentalidad y nuevas actitudes que los capacitan como agentes de la gestación de una nueva cultura. Estamos conscientes de cuán difícil es sustraerse al espíritu materialista y consumista de nuestro tiempo; de lo difícil que es superar el individualismo reinante y convertirse en laicos que luchan decididamente, en sus hogares y en sus lugares de

trabajo, por la construcción de un mundo mariano, donde reine Cristo y sus criterios sean los que conformen el estilo de vida y las estructuras temporales.

Dios nos ha regalado en María una nueva fuente de gracias donde ella realiza milagros de fecundidad apostólica. Gracias extraordinarias que nos capacitan para realizar obras que por nosotros mismos, con nuestras propias fuerzas, nunca podríamos realizar. Desde nuestros santuarios, desde esas “capitales del reino” seremos testigos de la fecundidad de esos artífices de una nueva sociedad en el mundo educacional, laboral, político, social y cultural. Serán obras que realizará la gran Misionera, “*María, la gran misionera, obrará milagros*”, los hará a través de nosotros. Los realizará desde el santuario, y más concretamente aún, desde nuestros santuarios hogares.

María, desde el santuario confortará a los nuevos *santos sociales*, contra las enormes dificultades que enfrentarán al llevar a cabo su propósito. Porque el nuevo orden social que pretendemos instaurar implica una lucha. Es un reino que “padece violencia”, porque en este mundo impera “el misterio de iniquidad”. Pues nuestra lucha no es sólo contra los poderes de este mundo. (cf San Pablo), sino, más profundamente, contra el “príncipe de este mundo”. La que aplasta la cabeza de la serpiente, se dispone nuevamente a aplastarle la cabeza y mostrar la fuerza de la redención de Cristo Jesús. La humilde sierva vencerá. Pero, no quiere hacerlo sola, quiere vencer en nosotros y a través de nosotros, como instrumentos predilectos en su mano.

Las gracias del santuario quieren brotar con fuerza en cada uno de nuestros hogares.

Nuestros santuarios hogares han de mostrarse cada vez con mayor vigor como cuna de santidad, es decir, como cuna de santos de la vida diaria, de apóstoles laicos, que se comprometan en la construcción del reino de Dios acá en la tierra, para sanar las heridas de una sociedad profundamente desintegrada y destruida, alejada de Dios y materialista.

III. DESDE LA FAMILIA

1. Importancia de la familia

Este es el programa del P. Kentenich: forjamos un nuevo orden cristiano de la sociedad, primero, desde María: guiados por su luz y en alianza con ella, segundo, impulsados por las gracias que nos regala en el santuario, y, agregamos, tercero, desde la familia.

La inmensa tarea que supone todo esto, parte por la renovación de la familia en el orden natural, como el lugar donde debe gestarse esta red de vínculos sanos (trozo del reino de Dios aquí en la tierra) en plena armonía con los vínculos sobrenaturales.

El P. Kentenich acentúa decididamente la forjación de familias santas, que actúan como fermento y levadura del nuevo orden social.

Estamos edificando para el pasado mañana; éste es un trabajo lento, pero tendrá plena eficacia en el futuro. La eficacia de otras revoluciones puede ser más explosiva, mas inmediata. Nuestra eficacia, porque quiere ser duradera, es una eficacia a largo alcance. La revolución en el sentido de Dios, dice el P. Kentenich, es una revolución lenta y por eso hay que tener paciencia y sabiduría. No podemos pretender nosotros que, de aquí a cinco años, Schoenstatt haya cambiado la faz de Chile o de Latinoamérica. Creo que sería una gran utopía. No podemos esperar que de aquí a 10 años, a 20 años, a 30 años, el continente sudamericano haya sido transformado. No caemos en la tentación del inmediatismo. Hay que actuar eficazmente y para actuar eficazmente hay que actuar a largo plazo, echando bases firmes, a siglos plazo. Una nueva cultura no nace de un día a otro.

Sin embargo, preparar el pasado mañana no significa quedar inactivos, mirando como otros actúan y no estar ejerciendo desde ahora una influencia. Debemos estar, en la medida de nuestras fuerzas, en todos los lugares que nos señale la Divina Providencia. Nuestros laicos deben estar comprometidos con decisión en todos los campos donde sea posible ejercer una influencia transformadora y sembrar la semilla del reino mariano. Unos estarán en primera línea, otros en segunda o tercera línea, otros en lo oculto, pero todos ellos deben estar dispuestos a dar el máximo. Tener tareas más visibles de suyo no es lo más importante. Los caminos y los criterios del Señor no son los mismos que imperar en el mundo.

En este trasfondo la importancia capital que da el P. Kentenich a la familia. Para todos es claro que la familia es la *célula de la sociedad*, que la familia está llamada a ser *cuna de un nuevo humanismo*. Damos importancia esencial a la Obra de las Familias, porque las familias son el germen sano de la nueva Iglesia y de la nueva sociedad. Serán los hijos de ustedes los que deberán estar más capacitados y con las mejores posibilidades para

construir en el futuro. Nuestra revolución “empieza por casa”. La Obra de las Familias es el fundamento y la corona de Schoenstatt.

Si cuidamos de encarnar aquello que pretendemos proyectar en la sociedad, estaremos edificando sobre roca y no sobre arena. Nuestro estilo de vida, nuestra vida familiar y profesional deben transformarse desde ahora. Nuestro mundo ha de ser concreción del organismo de vinculaciones vivido y, de este modo, faro para la Iglesia y la sociedad en las nuevas playas. Superemos así la crisis del verbalismo, mostrando una "verificación", una realización vital de nuestros ideales; de otro modo no convenceremos a nadie. Ya los antiguos decían: las palabras ilustran, los ejemplos arrastran.

Construimos una nueva sociedad en y desde la familia. Agregamos: desde nuestros santuarios hogares

En ellos se condensa y se hace realidad la nueva sociedad, la nueva cultura mariana.

Desea ellos, debe irradiarse la nueva cultura. Cada miembro, sale desde el santuario hogar, a construir la nueva cultura mariana en el mundo laboral, social, económico, político, etc. En todos los órdenes donde está presente y está llamado a actuar.

2. María Reina de nuestra familia

Esto hace necesario que entronicemos a María como Reina de nuestra familia. Ella quiere glorificarse en ellos forjando la semilla de la nueva sociedad.

Nuestro hogar debe constituir un pequeño reino mariano familiar. En él debe resplandecer siempre la luz de María, su persona, su ejemplo, su presencia.

En nuestro hogar debe arder siempre un íntimo y cálido amor a María.

En nuestro hogar siempre debe estar abierta la fuente de gracias que brota del santuario.

Si María es coronada reina de nuestra familia, se hará sentir en ella el poder de su gracias. Ella hará de nuestro hogar un pequeño reino mariano, donde cada uno de sus miembros ha sido transformado y tocado por ella.

(Lo que sigue a continuación es sólo un esquema. No fue desarrollado en la charla. Puede encontrarse material al respecto en *El 31 de Mayo, una Misión para nuestro Tiempo*, de Ed. Patris, y en *“Hombre y Mujer, igualdad y diversidad”*, Ed. Patris)

2.1. María muestra su poder de reina, en primer lugar, en la mujer, esposa y madre

- Sin la mujer redimida, la cultura se corrompe.

- La mujer está llamada a ser el alma o corazón del hogar siendo reina como María
- Debe serlo primero en el hogar, para serlo también en la cultura. Así como da alma al hogar, como hace que la casa sea hogar, así debe también hacer que la sociedad sea familia
- Ella está llamada a humanizar la cultura.
- En María ella redime su feminidad (aporte central a la cultural)
- Su ser compañera (sentido personal por el tú)
- Guardiana de la vida
- Abierta a Dios (mundo de la filialidad)
- Tejedora de vínculos
- Actitud básica de servicio y respeto a la vida
- Capacidad de sufrir (de soportar)
- Sano sentido de dependencia (obediencia)
- Llena del Espíritu Santo

Esta impronta mariana de su ser madre se proyecta en el esposo y en los hijos y en la sociedad

2.2. María muestra su poder de reina, en segundo lugar, en el varón, esposo y padre

- María debe llevarlo a un encuentro vital y personal con Cristo cabeza
- Le enseña a ser niño (despierta el niño que duerme en el varón)
- Le enseña que su autoridad es de servicio a la vida
- Le enseña la preocupación por la persona y por los desvalidos
- Le enseña a establecer y cultivar vínculos
- Le regala sentido por lo personal y trascendente (por el misterio)

2.1. María muestra su poder de reina, en tercer lugar, en los hijos, en la familia

El hogar debe estar impregnado por la presencia de María

En él debe respirarse una atmósfera mariana, un aroma mariano

Donde María es reina allí brota y florece un trato mariano, actitudes, costumbres y formas de vida marianas.

Un reino familiar mariano, que es un reino

- De alegría
- De pureza
- De belleza
- De orden
- De respeto
- De servicialidad
- De nobleza
- De unidad
- De delicadeza
- De servicio
- De solidaridad

Esta atmósfera, marcada por la presencia de María, ejerce una fuerza educadora de primer orden en los hijos.

En esta atmósfera es posible que se eduquen personalidades marianas, portadoras de la nobleza de María, de la dignidad de María, solidarias y libres como ella, que se sepan y sientan con la vocación de construir un mundo nuevo que lleve el sello de Cristo.

Si los padres incentivan el amor a ella, las virtudes marianas conformarán íntimamente su consciente y subconsciente.

Ella, como reina, nos envía desde el santuario hogar a transformar el mundo.

Entronizamos a María y nos ponemos en sus manos como instrumentos, como familia, padres e hijos, para imprimir el sello mariano en el mundo que nos rodea.

Concluimos recordando algunos pasajes centrales de la plática del 31 de Mayo:

Queremos ofrecer a la Santísima Virgen nuestra buena voluntad, nuestra disponibilidad y fidelidad.

El desvalimiento de la Santísima Virgen

Por otra parte, si ustedes me comprenden bien, podría agregar que no sólo yo, no sólo nosotros, sino también la Santísima Virgen está desvalida ante esta situación. Es cierto que ella es la Omnipotencia Suplicante ante el trono de Dios, pero también es cierto que según los planes del Amor Eterno, ella está supeditada a instrumentos humanos dóciles y de buena voluntad. Si -como lo dice el Primer Documento de Fundación- ella ha asumido la tarea de mostrarse en Alemania, desde nuestro Santuario, en forma preclara, como la vencedora de los errores colectivistas, entonces ella -me expreso a la manera humana- busca ansiosa con su mirada instrumentos que le ayuden a realizar esta tarea.

Nos ponemos enteramente a disposición de María

Por eso, queremos ofrecer a la Santísima Virgen nuestra buena voluntad, nuestra disponibilidad, y tenemos tanto interés en este trabajo. Lo importante es que siempre de nuevo ofrezcamos a la Santísima Virgen nuestra buena voluntad, nuestra fidelidad.

¿Qué nos queda sino ponernos sin reservas a su disposición en el sentido de nuestra consagración, aceptar sus deseos, entregarnos nuevamente a ella y dejarle a ella la responsabilidad por la gran Obra, en la cual nosotros, dependiendo de ella y por interés en su misión, queremos cooperar, sufrir, sacrificarnos y rezar? La Santísima Virgen está desvalida, ella sola no puede realizar la tarea. Y nuestro honor es poder ayudarla.

Ella me pidió que yo le entregase todo

La Santísima Virgen tiene una gran tarea frente al Occidente. Una vez que me hizo comprender eso, me pidió que yo también le entregase todo. Esto es lo hermoso, lo grande, que nuevamente nos une: presentamos a la Santísima Virgen nuestro desvalimiento, y ella nos regala su desvalimiento, pero también su disposición a ayudarnos.

María nos regala su poder y su fidelidad

Ella viene hasta nosotros como la gran Educadora. Nos ofrece como tal su capacidad, su poder y fuerza de educadora.

María es señal de luz ya que en ella resplandece la plenitud del sentido y de la sensibilidad social. La doctrina que tiene que formar una mentalidad y esa mentalidad tiene que generar una sensibilidad social.

Tiene que haber un proceso: La doctrina ha de formar una mentalidad; la mentalidad tiene que llegar a ser una actitud. Y no basta con una actitud social, de respeto, de servicio, de solidaridad, etc., sino que tiene que haber una sensibilidad social, y , más todavía, tienen que haber obras concretas. Tenemos que emprender cosas.

Si los laicos, si nuestros schoenstattianos no emprenden obras en el orden temporal, -y no solamente obras sociales como María Ayuda, el Hogar de Cristo, que no son las más típicas de los laicos- no habrá nuevo orden social.